

donad al que es imposible salvar, y así evitaremos el sacrificio de tantas preciosas vidas.

—Estad tranquilo; lo tendré muy presente y cumpliré con mi deber.

—Y yo con el mío. Ahora despedámonos.

Aunque pronunció estas palabras entre grave y risueño y llevó á sus labios la mano del anciano, no se marchó inmediatamente. Ayudó á Mr. Lorry á incorporar al antiguo detenido, que continuaba gimiendo enfrente de la apagada chimenea, abrigó convenientemente al pobre doctor, le puso un sombrero y le inclinó á que saliese con ellos, diciéndole que iban á averiguar en dónde habían escondido su obra.

Luego, sosteniendo á Mr. Manette, se dirigió hácia el sitio en que velaba la afligida esposa, que tan feliz era en la época en que él le había abierto su corazón. Permaneció algunos instantes en el pátio, miró las ventanas de la habitación ocupada por Lucía, y antes de alejarse la bendijo con un postrer adiós.

CAPITULO XIII.

Cincuenta y dos cabezas.

Los individuos que debían morir aquel día aguardaban el momento fatal en el fondo de la Conserjería. Su número era igual al de las semanas que tiene el año: cincuenta y dos personas, arrebatadas por la corriente, iban á ser precipitadas al eterno é ilimitado oceano. Ninguno de aquellos individuos había abandonado su calabozo, y ya se conocían los nombres de los que habían de ser sus sucesores; antes de que su sangre se uniese á la sangre

que se había derramado el día anterior, hallábase ya preparada la que había de agregársele al día siguiente.

¡Cincuenta y dos sentenciados á muerte! desde el apotador general, casi octogenario, cuya inmensa fortuna no podía rescatar su vida, hasta la infeliz obrera de veinte años, cuya pobreza y oscuridad no habían sido suficientes á proteger su existencia. Las enfermedades contagiosas que resultan de los vicios y de la incuria de los hombres, escogen sus muertos en todas las clases de la sociedad; el horrible delirio que engendra la miseria, la opresion y la maldad del corazón, hieren igualmente á ciegos y acaban con sus víctimas donde quiera que las encuentran.

Cárlos, completamente aislado en su calabozo, no había abrigado desde el día anterior la más ligera esperanza; á cada una de las palabras que había ido leyendo el presidente, fué comprendiendo que ninguna clase de influencia podía librarle del cadalso; que se hallaba desde luego condenado por millones de votos, y que contra semejante suma no podía significar nada un corto número de unidades.

Sin embargo, como no podía apartar de su alma el recuerdo de la mujer adorada, érale difícil aceptar el fallo de sus jueces; había poderosísimos vínculos que le ligaban á la vida; los acontecimientos verificados en aquellos dos últimos días habían multiplicado considerablemente la fuerza de estos lazos, desde el momento en que obtuvo su libertad; y cuando toda la energía se hallaba consagrada á rehacer su pérdida dicha, venían á arrancarle bruscamente la existencia. Mil encontrados sentimientos agitaban su corazón y su espíritu, y esta horrible lucha alejaba de él la resignacion; porque tan pronto como lograba hallarla, su mujer y su hija protestaban contra su egoismo.

Tales fueron al principio las impresiones del conde-

nado á muerte; luego pensó que no habia mancilla alguna en sufrir la pena que le aguardaba; que todos los dias eran enviados al cadalso una infinidad de inocentes y subian á él con ánimo sereno; que el saber que habia muerto con serenidad seria luego un consuelo para los seres queridos que debian sobrevivirle; despues, tranquilizándose poco á poco, elevó su espíritu á más altas regiones y comenzó á reinar la paz en su alma.

Poco antes de terminar el dia habia logrado ya recobrar toda su entereza; permitiéronle que comprase una luz y recado de escribir, y dejó correr la pluma hasta el momento en que vió espirar el quinqué.

En la carta que dirigió á su mujer manifestaba que habia ignorado la encarcelacion del doctor hasta la época en que ella misma se la habia referido, y que, sólo al escuchar la lectura hecha por el presidente, habia sabido la parte que su tio y su padre habian tomado en semejante infamia. Que si le habia ocultado su verdadero nombre fué obedeciendo á Mr. Manette, que así se lo exigió momentos antes de celebrarse su matrimonio. Recomendábale que no tratase de averiguar si el doctor habia olvidado la existencia de las líneas que habia escrito, ó si se habia acordado de ellas al saber el descubrimiento hecho en la Torre de Lóndres. Suponiendo que el doctor recordase aquel escrito, debió creer que no habia sido hallado en la época de la toma de la Bastilla, puesto que no se hacia mencion de él en las diferentes reseñas publicadas, que trascribían hasta las más minuciosas circunstancias referentes á los detenidos.

Aun cuando comprendia que no tenia necesidad de rogárselo, suplicaba á Lucía que recurriera á todos cuantos medios le sugiriese su cariño para demostrar al doctor que no tenia por qué arrepentirse de su conducta; para recordarle que, lejos de eso, se habia sacrificado siempre por sus hijos, y que éstos se lo agradecian con

toda su alma. Por último, despues de expresarle su reconocimiento por la dicha que ella le habia dado, despues de aconsejarla que dominara su pena para consagrarse á su hija, la aconsejaba que consolase á su padre y la suplicaba que llenase cumplidamente este deber filial, pensando siempre en el dia en que habian de volver á verse.

Escribió al doctor en el mismo sentido, le recomendó á su mujer y á su hija, le recordó que no tenían más apoyo que el que él pudiera darles, y repitió esto varias veces, creyendo que esta idea serviria para que su padre triunfase de un abatimiento cuyas consecuencias preveia, librándole al propio tiempo de ciertos recuerdos que podrian serle fatales.

Confió los tres al cuidado de Mr. Lorry, á quien puso al corriente de sus asuntos; dirigió algunas conmovedoras frases de cariño y de gratitud al venerable anciano, y todo quedó terminado.

No habia en ninguna de estas tres cartas una sola palabra para Cartone; preocupado con los demás, no se acordó siquiera de enviarle el más ligero saludo.

Cuando dió por terminadas sus cartas, se echó sobre el jergon y creyó haber acabado ya con las cosas de la tierra.

Pero volvió á recordarlas al dormirse, y este mísero mundo revistió ante sus ojos las formas más seductoras. Hallábase en libertad, volvía á encontrarse nuevamente en la casa de Soho, cuyo aspecto reconocía á pesar de no continuar en el mismo estado que antes. Escapado á la muerte por una especie de milagro que no acertaba á explicarse, veia otra vez á Lucía, y ésta le aseguraba que todo aquello era un sueño, y que él no habia ido nunca á Francia ni se habia separado jamás de su nueva familia. Despues hubo una pequeña pausa; la fatal sentencia habia sido ejecutada; él continuaba, sin embargo, al lado de los seres á quienes adoraba, gozaba una apacible di-

cha, y á pesar de estar muerto, se encontraba lo mismo que antes. Volvió á desaparecer todo, sin que él tuviese conciencia de nada; luego se despertó, preguntóse á sí mismo en dónde se hallaba, y entonces acudió este pensamiento á su memoria: hoy es el último día de mi vida.

Hallábase ya tranquilo y no tenia que luchar contra sí mismo, pero un nuevo orden de ideas se apoderó de su espíritu y le produjo una extraña mortificación.

El no habia visto nunca el instrumento que debía cortarle la cabeza. ¿A qué altura se elevaba el cadalso? ¿Cuántos escalones tendria que subir? ¿Estarian cubiertas de sangre las manos que le tocasen? ¿De qué modo le colocarian? ¿Seria el primero ó el último de los ejecutados? y otra infinidad de preguntas por el mismo estilo, que reaparecian incessantemente á pesar de todos sus esfuerzos. Estas preguntas no eran en modo alguno hijas de la pusilanimidad; provenian del deseo de averiguar lo que deberia hacer cuando llegase el momento fatal; extraño deseo que no guardaba ninguna proporción con la rapidez de los preparativos á que se referia, y que, más bien que al detenido, parecia pertenecer á un espíritu extraño que guardaba dentro de sí mismo.

En tanto que él se paseaba por su calabozo, procurando acallar aquellas importunas ideas, las horas seguian su curso ordinario, y el reloj hacia sonar el número de campanadas que el sentenciado á muerte debia escuchar por última vez. ¡Las nueve! pasaron para siempre. ¡Las diez, las once! ¡pasaron para siempre!

Eran ya cerca de las doce del día; Carlos habia logrado desechar las ideas que le mortificaban; comenzó á pasearse más sosegadamente, pronunció repetidas veces y en voz baja los nombres de las personas amadas, y libre de toda preocupacion irritante, rogó por sí mismo y por los que habian de sobrevivirle.

El reloj dió las doce. La ejecucion debia verificarse á

las tres; Carlos no lo ignoraba; sabiendo además que habria que ponerse en marcha con bastante anticipacion para que las carretas mortuorias pudiesen llegar á su destino, consideró la hora de las dos como el momento definitivo, y resolvió emplear el tiempo que aún faltaba en fortalecer su alma, con objeto de poder sostener á sus compañeros durante el fúnebre trayecto.

Paseándose sosegadamente, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la mente serena y tranquila, escuchó las campanadas del reloj sin experimentar ningun asombro; aquella hora habia tenido para él la misma duracion que la mayor parte de las que en otro tiempo habia conocido. Ya sólo falta una, pensó para sí; y dando gracias al cielo por haber recobrado su dominio sobre sí mismo, continuó su interrumpido paseo.

Oyóse ruido de pasos en el corredor, la llave giró en la cerradura, y en el momento de abrirse la puerta, escuchó Carlos estas palabras pronunciadas en inglés y en voz baja:

—He tenido cuidado de que nadie me vea; él no sabe que yo estoy aquí. ¡Entrad solo; yo me quedaré por aquí cerca; vamos, no perdais tiempo!

La puerta volvió á cerrarse, y Carlos vió enfrente de sí á Cartone que, simulando una amable sonrisa, llevaba un dedo á sus labios para recomendarle que permaneciese callado.

Tenia su rostro una expresion tan extraordinaria, que Darnay creyó al pronto en una aparicion. Pero era Cartone sin duda alguna quien habia hablado, era Cartone quien le cogia la mano y se la estrechaba fuertemente.

—No me esperabais, dijo éste.

—No podia figurarme que fuérais vos, y apenas si me atrevo á creerlo. ¿Supongo que no os hallareis preso?

—No; tengo por casualidad cierta influencia en la cárcel, me he aprovechado de ella, y héteme aquí. Querido Darnay, vengo de parte de vuestra mujer.

El sentenciado á muerte se retorció las manos.

—Vengo de parte suya á haceros una súplica.

—¿De qué se trata?

—De una súplica que os dirige con esa conmovedora voz que debéis recordar perfectamente.

Cárlos volvió la cabeza.

—No tenemos tiempo para andar en explicaciones; no me preguntéis nada; pero haced lo que ella desea; quitáos vuestras botas y ponéos las mías.

Habia una silla en el calabozo; Cartone se sentó en ella con la rapidez del rayo, y con los piés descalzos, se colocó enfrente del prisionero.

—Ponéos mis botas, dáos prisa, el tiempo urge.

—Es imposible huir, Cartone, es una locura pensar en ello.

—¿Y quién os habla de huir? dadme vuestra corbata, tomad la mía, cambiemos de levita; dejadme que desate esta cinta y separe vuestros cabellos.

Con una extraordinaria celeridad y una energía física y moral que no le eran propias, impuso aquellas condiciones al detenido, el cual se prestó á todo con la docilidad de un niño.

—Vuelvo á repetiros, Cartone, que eso es una locura; esas tentativas se han hecho ya mil veces y siempre han sido completamente inútiles. No añadais el sentimiento de vuestra muerte á la amargura de la mía; yo os lo suplico encarecidamente.

—¿Pero acaso os suplico yo que me sigais? Ved sobre esa mesa todo lo necesario para escribir; ¿teneis el pulso seguro?

—Lo tenia cuando entrásteis aquí.

—Dominad vuestra emocion y escribid lo que voy á dictaros; ¡dáos prisa, amigo mio, dáos prisa!

Darnay fué á sentarse enfrente de la mesa, y se opri-
mió la cabeza. Cartone, con la mano derecha metida den-

tro del chaleco, se aproximó y permaneció de pié á su lado.

—Vamos á ver; escribid.

—¿A quién?...

—A nadie.

—¿Hay que poner la fecha?

—No. «Si recordais lo que os dije un dia, dictó Sydney, comprendereis perfectamente estas líneas. Tengo la seguridad de que recordareis mis palabras; no es posible que seais capaz de olvidarlas.»

El sentenciado á muerte, sorprendido por las palabras que se le hacian escribir, dirigió á Cartone una mirada interrogadora, y éste, que en aquel momento sacaba del chaleco su mano derecha, se detuvo bruscamente.

—¿Venís armado? le preguntó Cárlos.

—No.

—¿Qué teneis en la mano?

—Ya lo sabreis dentro de un momento. Escribid; ya falta poco que decir. «Yo celebro con toda mi alma el poder probaros en esta ocasion la sinceridad de mis palabras. Lo que hago hoy es tan sencillo, que nadie debe apesadumbrarse por ello ni experimentar ningun dolor.»

Al terminar esta frase, su mano derecha pasó lentamente por delante del rostro del amanuense; Darnay dejó caer la pluma y dirigió en torno suyo sus espantados ojos.

—¿Qué olor es ese? preguntó.

—¿De qué olor hablais?

—De algo que ha pasado por delante de mi.

—No he visto nada; no huelo nada. Vamos, tomad la pluma y acabemos; amigo mio, no perdamos el tiempo.

Cárlos hizo un esfuerzo para dominar la extraña sensación que experimentaba; reinaba la confusion en su cerebro, y respiraba con dificultad; dirigió su vidriosa

mirada á Cartone, y vió que su mano derecha habia vuelto á ser colocada dentro del chaleco.

—Vamos, pronto, pronto, dijo Sydney.

Cárlos se puso en actitud de escribir.

—«Si yo no aprovechase estas circunstancias, prosiguió Cartone, no volvería á tener nunca una ocasion tan propicia.»

Su mano volvió á rozar ligeramente el rostro del detenido.

—«Credlo, el porvenir sólo conseguiría aumentar las faltas de que debo responder. Si yo no aprovechase...»

Cárlos trazaba unos caracteres ininteligibles. Levantóse de pronto, miró furiosamente á Sydney, y éste, tapándose con la mano izquierda las fosas nasales, rodeó con el brazo derecho la cintura del condenado á muerte. La lucha duró un breve instante; poco despues, Cárlos, completamente insensible, yacía sobre el pavimento.

Cartone se puso precipitadamente el traje del detenido, echó hácia atrás sus cabellos, los ató con la cinta que habia llevado Darnay, y entreabriendo la puerta dijo en voz baja:

—¡Entrad!

John Barsad penetró en el calabozo.

—Ya veis, prosiguió Cartone, colocando en el interior de la levita de Darnay las pocas líneas que éste acababa de escribir, que no correis ninguna peligro.

—No es eso lo que á mí me preocupa, Mr. Cartone, respondió el espia con cierto recelo; la cuestion principal es que vos cumplais vuestra palabra hasta el último momento.

—La cumpliré; no tengais miedo.

—El modo de que yo esté tranquilo es que no echen de menos á nadie; si con el traje que os habeis puesto completais el número cincuenta y dos, entonces nada absolutamente tendré que temer.

—No tengais cuidado; dentro de poco no podré ya perjudicaros, y entonces, gracias á Dios, todos ellos habrán salido de París. Ahora, tened la bondad de cogerme y colocarme en el carruaje.

—¿A vos? dijo el espia con tembloroso acento.

—Al que me reemplaza; id por el camino que me habeis hecho seguir.

—Naturalmente.

—Decid que yo no me encontraba bien cuando me introdujisteis aquí, y que esta triste despedida me ha producido un desmayo, cosa que desgraciadamente sucede con mucha frecuencia dentro de estos muros.—Vuestra vida se halla en vuestras propias manos; demasiado lo sabeis. Llamad á alguien para que os ayude.

—¡Jurad que no me engañareis!

—Ya os lo he jurado, respondió Cartone lleno de impaciencia: no perdamos un tiempo precioso. Colocadle vos mismo en el carruaje, acompañadle hasta el sitio que sabeis y ponéle en manos de Mr. Lorry, recomendando á este último que no se ocupe de hacerle volver en sí, porque el aire puro logrará despejarle; sobre todo, no dejeis de decir al gentleman que recuerde la promesa que me hizo anoche y que se ponga inmediatamente en camino.

El espia salió y volvió á entrar al cabo de un momento en compañía de dos hombres á quienes habia ido á buscar. Sydney, sentado enfrente de la mesa, tenia la cabeza apoyada y oculta entre las manos.

—Ahí tienes un individuo que se aflige porque su amigo ha sacado un buen número, dijo uno de aquellos hombres contemplando á Darnay.

¡Valiente patriota! repuso el otro; no se afligiria más si el aristócrata hubiera logrado escaparse.

Colocaron á Darnay en una camilla que habian dejado á la puerta, y se dispusieron á sacarle de allí.

—Evremont, la hora se acerca, dijo Barsad.

—Ya lo sé, respondió Cartone; hacedme el favor de cuidar de mi amigo, y dejadme.

—¡Vamos, muchachos! dijo el fingido llavero; cargad con él y pongámonos en marcha.

Ya una vez solo, Cartone reunió todas sus facultades auditivas para percibir el menor ruido que pudiese indicar la sospecha del engaño. Algunas llaves crujían en las cerraduras, cerrábanse violentamente algunas puertas y escuchábase, á lo lejos, ruido de pasos en los corredores; pero ni un solo grito, ni una sola carrera anunciaba la alarma. Cartone respiró, volvió á sentarse cerca de la mesa, continuó prestando oído hasta el momento en que oyó sonar las dos de la tarde.

Escucháronse diferentes rumores en varios sitios; pero no se sobrecogió, porque ya comprendía lo que aquello significaba. Abriéronse varias puertas allí cercanas, y luego la suya; un carcelero que llevaba una lista en la mano, dirigió una escudriñadora mirada al calabozo:

—Sígueme, Evremont, dijo.

Era un oscuro día de invierno, y la niebla del exterior aumentaba la oscuridad de la prision. Cartone sólo pudo ver confusamente á los individuos que se hallaban con él en la sala á donde fueron conducidos por el carcelero para atarlos allí codo con codo.

Los unos se hallaban sentados; los otros permanecían de pié; unos cuantos demostraban la mayor agitacion y lamentaban amargamente su suerte; pero eran los menos. Casi todos se hallaban tranquilos, miraban al suelo y guardaban un profundo silencio.

Mientras iban llegando las últimas víctimas detúvose, al pasar, un individuo y abrazó á Cartone como se abraza á un amigo á quien no se ha visto hace largo tiempo. Sydney tuvo un momento de terror; pero el hombre que creyó reconocerle siguió al carcelero sin pronunciar una sola palabra, y Cartone volvió á tranquilizarse. Pocos

momentos despues, una jóven, delgada y de corta estatura, pálida, delicada y de grandes y expresivos ojos, abandonó el sitio que ocupaba y fué á colocarse al lado de Cartone.

—Ciudadano Evremont, dijo poniéndole sobre la mano sus helados dedos, yo soy la jóven obrera que se hallaba con vos en la Force.

—Es verdad, murmuró Cartone; pero ya no recuerdo de qué os acusaban.

—De conspiracion; y sin embargo, bien sabe Dios que soy inocente: ¿quién se hubiera atrevido á conspirar con una pobre criatura como yo?

La triste sonrisa con que acompañó estas palabras conmovió de tal modo á Cartone, que las lágrimas se escaparon de sus ojos.

—Yo no tengo mucho miedo, ciudadano Evremont; yo no me niego á morir, si la República, que debe socorrer á tantas pobres gentes, necesita que yo muera; pero no comprendo que esto pueda serle útil; ¡significo tan poca cosa!

Aquella era la última vez que Cartone podia enternecerse; su corazon se conmovió y se exaltó para animar á aquella pobre niña.

—Ciudadano Evremont, habia oido decir que estábais absuelto; yo lo habia creido, y la noticia me llenó de verdadero gozo.

—Efectivamente; me pusieron en libertad, pero volví á prenderme el mismo día por la noche.

—Si vamos juntos, ciudadano Evremont, ¿quereis permitirme que os coja de la mano? No tengo mucho miedo, pero soy débil, y eso me dará algún ánimo.

Levantó hácia él su apacible rostro, y al mirarle, sus hermosos ojos revelaron la duda y la sorpresa. Cartone estrechó aquella pequeña mano estropeada por el trabajo, y colocó un dedo sobre sus labios.

—¿Vais á morir en su lugar? murmuró la jóven.

—¡Tiene una mujer y una hija! ¡Chist!...

—¡Ah qué señor tan bueno! ¿no es verdad que me dejareis daros la mano?

—Sí, pobrecita mia; pero llamadme Evremont.

La sombra que envolvía la cárcel oscurecía al mismo tiempo las afueras de la población en que se hallaba apiñada la multitud, cuando un carruaje, que salía de la ciudad, se detuvo delante del cuerpo de guardia.

—¡Vuestros papeles! Alejandro Manette, doctor en medicina, francés: ¿quién es?

—Héle aquí.

Señalaron á un anciano completamente ensimismado, que pronunció algunas palabras inarticuladas y faltas de sentido.

—Parece que este ciudadano no sabe ya lo que se pesca; la fiebre revolucionaria ha sido más fuerte que él.

—Mucho más fuerte.

—Pues no es él el único que la ha sufrido. Lucía Darnay, su hija, francesa: ¿quién es?

—Ahí la tienes.

—¡Hola! esta es la mujer de Evremont, ¿no es verdad?

—Justamente.

—Ese ha seguido otro camino. Lucía, hija de la otra: ¿supongo que será esa niña?

—Sí.

—Dáme un beso, hija de Evremont; así podrás alabarte de haber besado á un buen republicano, cosa nueva en tu familia, no lo olvides. Sydney Cartone, abogado, inglés: ¿en dónde está?

—Aquí, en el fondo del carruaje.

—Parece que se halla indispuerto.

—Eso no será nada; el aire puro le hará volver en sí; es hombre de muy poca salud, se desmaya con mucha facilidad, y acaba de separarse de un amigo íntimo que

ha tenido la desgracia de atraerse el enojo de la República.

—Todavía quedan muchos que merecen sus iras, y que por lo tanto tendrán que habérselas con la guillotina. Jarvis Lorry, banquero, inglés: ¿quién es?

—Yo, puesto que ya no falta nadie más.

El era también quien había contestado á las anteriores preguntas, y el mismo que, abandonando su asiento y con los piés metidos en el barro y la mano sobre el ventanillo del coche, continuaba respondiendo á un grupo de patriotas y empleados. Estos dieron varias vueltas en torno de la silla de posta y examinaron á su antojo los equipajes colocados en la baca. Los aldeanos que por allí transitaban se aproximaron á las dos portezuelas y dirigieron ávidas miradas al interior del coche.

Una mujer que llevaba en brazos á su hijo hizo que este alargase el brazo y tocase con la mano á la viuda de un aristócrata enviado á la guillotina.

—Toma tus papeles, Jarvis Lorry.

—¿Podemos continuar nuestro camino?

—Sí; ¡arrea, postillon! y buen viaje.

—Patriotas, yo os saludo. ¡Ya hemos salvado el primer escollo! continuó el gentleman cruzando las manos y elevando al cielo su mirada.

El espanto reina en el fondo del carruaje; óyense en él algunos comprimidos sollozos, la doliente voz de un anciano y la difícil respiración de un hombre desmayado ó dormido.

—¿No podrían ir más á prisa los caballos? preguntó la jóven apoderándose de las manos de su antiguo amigo.

—Entonces parecería que huíamos, querida mia; una marcha demasiado rápida daría lugar á que se sospechase de nosotros.

—Asomáos y mirad: tal vez vengan persiguiéndonos.

—No se vé á nadie en la carretera, hermosa mia; ni cerca ni lejos se llega á divisar un alma.

Pasaron cerca de varios grupos de dos ó tres chozas, granjas aisladas, ruinas de antiguos edificios, grandes calles de árboles, despojados de su follaje, fábricas de curtidos, hornos de cal y grandes y descubiertas llanuras. El carruaje rodaba por un piso desigual; de cuando en cuando dejaban las empinadas cuestas por terrenos completamente llanos y enlodados, y sólo evitaban los vuelcos para ir á sumergirse en profundos barrizales. La impaciencia llegó entonces á tal punto que, llenos de angustia, quisieron apearse, huir lejos de allí, ocultarse detrás de los matorrales, hacer cualquier cosa, en fin, que no fuera detenerse.

Los campos se alejaron; varias granjas solitarias, castillos destruidos por las llamas, fábricas de curtidos, grupos de casuchas y calles de desnudos árboles volvieron á pasar nuevamente ante sus ojos.

—¡Esos postillones nos están engañando! volvemos otra vez por el mismo estrecho camino en que hace poco nos hallábamos. ¿No hemos visto ya esas ruinas y esas dos ó tres chozas?... No; gracias á Dios, veo que soy yo quien se engaña. ¡Ah! ¡un pueblo! Mirad bien á ver si nos persiguen.

—Silencio; ahora llegamos á la casa de postas.

Los cuatro caballos fueron desenganchados con una lentitud desesperadora; el carruaje, privado del tiro, permanecía inmóvil ante la puerta de la posada, y nada parecía anunciar que tuviera que alejarse de allí. Los cuatro caballos de relevo aparecieron por fin, uno trás otro, seguidos de sus postillones, que chupaban tranquilamente la punta de los látigos, cuyas mechas iban arreglando.

Los individuos á quienes iban á reemplazar contaban muy tranquilamente su dinero; se equivocaban en la suma y volvían nuevamente á ajustar sus cuentas, sin obtener por eso mejor resultado.

Nuestros pobres viajeros, sobrecogidos de terror, sentían entre tanto latir violentamente sus corazones.

Los postillones ocuparon por fin sus respectivos puestos; atravesaron el pueblo; subieron dificultosamente una empinada cuesta; bajáronla al paso, y el carruaje continuó arrastrado con gran trabajo por unos caminos intransitables. Oyéronse unos gritos, los postillones pronunciaron varias enérgicas palabras, gesticularon furiosamente y detuvieron sus caballos.

—¡Señor! ¡vienen persiguiéndonos!

—¡Eh, los del carruaje! ¡Alto! ¡Alto! ¡Tenemos que hablarlos!

—¿Qué quereis? preguntó Mr. Lorry asomando la cabeza por la ventanilla.

—¿Cuántos han dicho que habia?

—¿Qué es lo que quereis decir?

—¿A cuántos han guillotinado hoy?

—A cincuenta y dos.

—¡Bien decia yo! y los otros querian apostar que eran cuarenta y dos; me parece que diez cabezas más ya es algo. Pues señor, la guillotina trabaja que es un gusto. ¡Vaya, muchas gracias!

Hízose completamente de noche. El viajero que iba durmiendo desde el principio del viaje fué poco á poco dando señales de vida; despertóse por fin, y con voz anhelante pronunció algunas palabras:

—Cartone, dijo figurándose que aún se hallaba en la cárcel, ¿qué teneis en la mano? ¿es un arma?

—¡Dios mio, tened piedad de nosotros! ¡Ahora va á descubrirlo todo! Mirad si se acerca alguien al carruaje.

El viento y las nubes se precipitaron trás los viajeros, la luna tomó parte en la carrera, las tinieblas los siguieron y los envolvieron; pero el camino se hallaba desierto, y nadie trató de darles alcance.